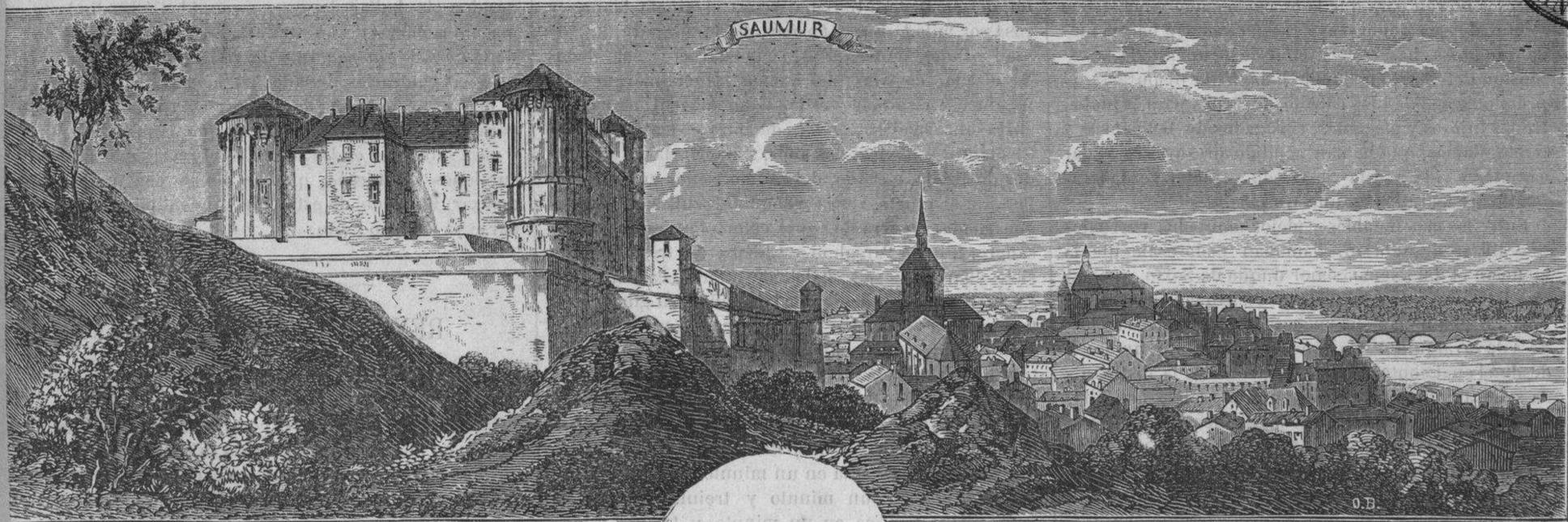


El Periódico ilustrado.



Número 14.
DEL 8 AL 15 DE JUNIO DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. . . . CUATRO CALLES.

SUMARIO.—*Carreras de caballos*, por Inza.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Preterito y futuro*, por Valentino.—*Las creencias*, por Hiraldez.—*Ayer y hoy*, por Lustanó.—*Alfonso el Batallador*, por Benedicto.—*Teatros*, por Belza.—*Nemrak*, por Guzman.—*Las dos Patrias*, por Fabra.
LÁMINAS: Saumur.—Hipódromo.—Génova.—Baños de Louèche.—Carreras de caballos (alegoría.)

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 3 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. Un año	28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 40 »	

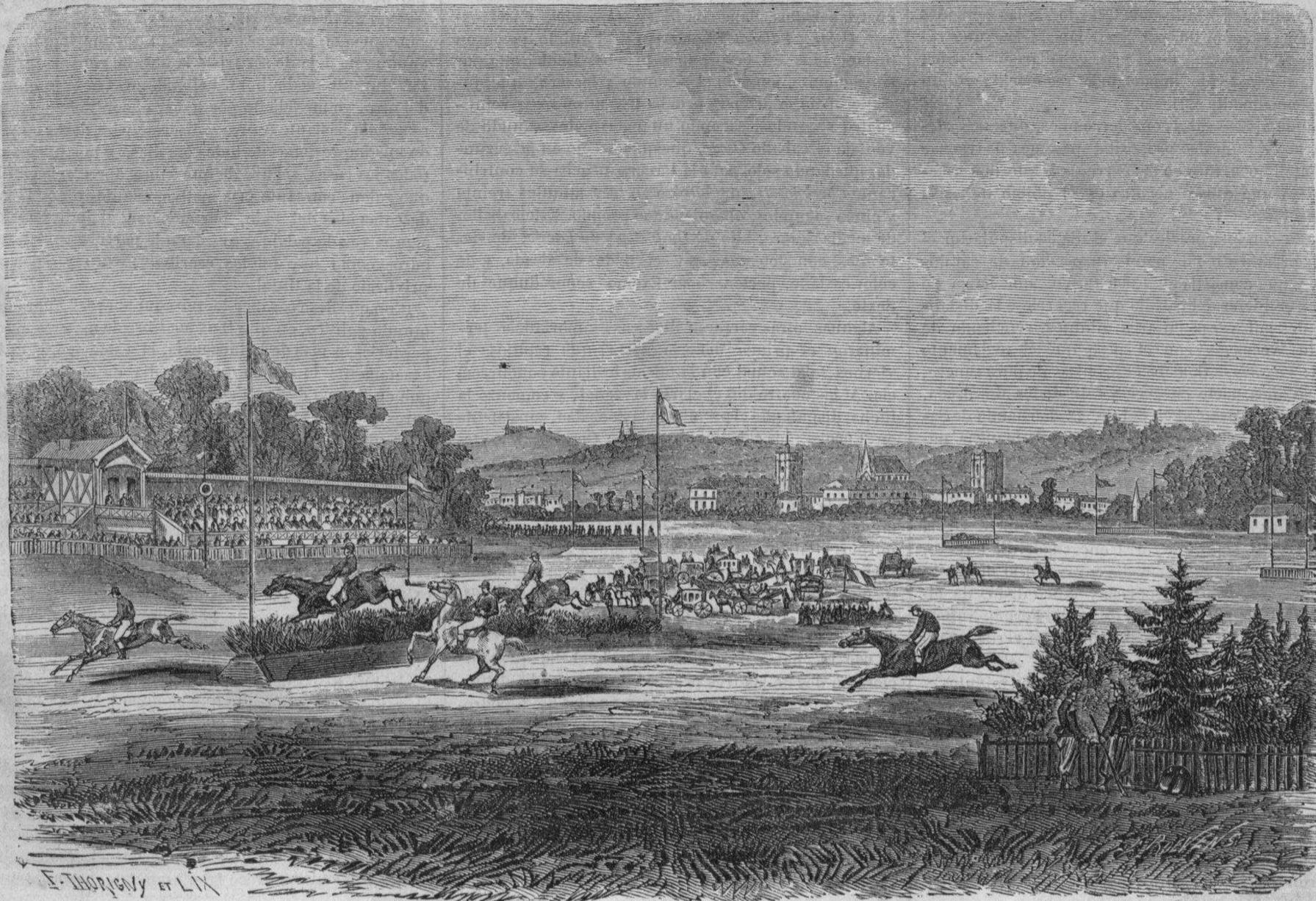
CARRERAS DE CABALLOS.

Sin que ahora sea nuestro ánimo remontarnos al origen de esta clase de ejercicios ecuestres, que tienen el privilegio de reunir lo útil á lo agradable, y cuya antigüedad data de los tiempos mitológicos, en los que se celebraron quizás por primera vez, y guardando el plazo regular de cuatro años los juegos olímpicos en honor de Júpiter, que tomaron el nombre de la ciudad

de Olimpia, en donde se verificaron, dándole el de Olimpiada al espacio de tiempo que de una á otra fiesta transcurria; sin que despues de dicho esto, nos propongamos seguir el curso de aquellos festejos para llegar paso á paso hasta la descripción de nuestras *Carreras de caballos*, toda vez que ni este es nuestro propósito ni presumirnos que la paciencia de nuestros lectores nos permita tan monotonó cuanto estéril entretenimiento, vamos á reseñar lo acontecido en los dos últimos ejercicios de aquella clase que han tenido

efecto en Madrid recientemente en los dias de mayo y junio, que segun costumbre, respetuosamente observada por la Sociedad de fomento de la cria caballar, son anualmente los destinados á ese espectáculo tan beneficioso para el objeto de la citada Asociacion, como grato para la aristocracia española, siempre mantenedora de estas justas que acude á presenciar, haciendo ostentacion al propio tiempo del lujo y la elegancia, que á la misma distingue y caracteriza.

Con singular animacion se han celebrado, pues, las



HIPÓDROMO.

carreras este año en el hipódromo de la Real Casa de Campo, convenientemente dispuesto y preparado al efecto.

La amenidad de los sitios en donde aquella fiesta tiene lugar y la bondad de la temperatura, motivos poderosos fueron para que la escogida concurrencia que asistió al espectáculo, cuya reseña vamos á hacer, fuera numerosa, hasta el extremo de ocupar toda la estension del *Turf*, en donde habian de disputarse el premio de agilidad los caballos inscritos para la lucha, trenes lujosos y elegantes, coronados de bellisimas y nobles damas, que habian acudido presurosas á dar carácter y vida á esta fiesta, de carácter verdaderamente aristocrático en nuestro país.

Entre los más notables y mejor montados carruajes que allí se descubrian, llamaban poderosamente la atención el del Excmo. señor duque de Sexto, que era una ligera carretela tirada por cuatro caballos castaños. En ella lucian sus encantadoras gracias la condesa de Javalquinto y la condesa de Scláfani; un breek desde el cual contemplaba el espectáculo la distinguida señora duquesa de Frias; una carretela amarilla, arrastrada por cuatro gallardos caballos alazanes, que estaba ocupada por la señorita de Heredia y por la de Salamanca; otra carretela, tambien conducida por cuatro yeguas á la gran Dumon, en la que vimos á la señora de Osma y á su hija; y otro carruaje, en fin, igualmente montado, servia de movable palco á los Excmos. duques de Medinaceli.

Otros no menos lujosos trenes que los citados, y como ellos montados todos con cuatro caballos, estaban ocupados por la marquesa de la Torrecilla, condesa de la Cimera, y señorita de Torres. Lo más distinguido de la sociedad de Madrid ha asistido á estas fiestas, en las que recordamos haber hallado á la condesa de Torrejon, á los embajadores de Francia, á los duques de Fernandina, á los marqueses de San Carlos, á los duques de Fernan-Nuñez, á los marqueses de Molins, á los condes de Xiquena y á otros muchos títulos de Castilla, que con su presencia contribuian á dar realce á la lucha que se preparaba, y la cual, como hemos dicho, agrega á la utilidad que reporta el atractivo que le presta el aristocrático público, que con asidua y constante preferencia le favorece siempre.

Por cierto que, ya que vamos á entrar en materia, no será ocioso hacer patente aquí nuestra estrañeza, despues de lo dicho, al considerar cuán mezquinos son en su importe los premios que en metálico se fijan para los diversos lances de las carreras, y que si bien por esta misma razon hacen el elogio de las personas que las mantienen, no por eso dejan de ser una rémora para el fomento de la cria caballar en España, objeto principal y de importancia reconocida en un país esencialmente agrícola.

Dejando aparte estas consideraciones, que nos alejarian hoy de nuestro propósito, pasemos á reseñar fielmente lo ocurrido en las carreras á que nos referimos, ya que este y no otro es el objeto de estas líneas.

Tres fueron los corceles que el dia 30 disputaron el primer premio ofrecido por la inspeccion de carabineros, y que consistia en 4.000 rs. vn., que habia de obtener el dueño del caballo que recorriese la distancia de dos mil varas en tres minutos, venciendo de tres dos veces, y con el peso que el reglamento marca: *Vad-Rás* se llamaba el primero, de pura sangre, de cinco años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, de la propiedad del Sr. D. Fernando de Salamanca: su ginete vestia chaqueta azul, mangas negras y gorra encarnada. *Mes Sarah* era el segundo, de pura sangre, hijo de *Stall* y *Duiet*, de cuatro años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excelentísimo señor marqués de Alcañices; el ginete vestia chaqueta azul, mangas y gorra encarnada. El tercero, en fin, se llamaba *Saffo*, media sangre, hijo de *Stamboul*, de tres años, siete cuartas y cinco dedos de alzada, alazan del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez; montábale un *jokey*, que vestia chaqueta verde, mangas y gorra encarnadas.

En la primera prueba tardó *Vad-Rás* dos minutos y once segundos, y en la segunda dos minutos, quince segundos, ganando el premio; *Mes Sarah* empleó dos minutos, doce segundos, en la primera prueba, y dos minutos, quince y medio segundos en la segunda; *Saffo* se quedó *distanciado*.

Para obtener el premio de la Sociedad, importante 2.000 rs. vn., ofrecido al que diera primero una vuelta al hipódromo, ó sea 4.500 varas en dos minutos, lucharon *Querida*, de pura sangre, hijo de Paragon y

Seda, de tres años, siete cuartas con cinco dedos de alzada, castaño, del Sr. D. Fernando de Salamanca: el ginete vestia chaqueta azul, mangas negras y gorra encarnada. *Sing letona*, de pura sangre, hijo de Caton y Daisy, cuatro años, siete cuartas y seis dedos, castaño, del Sr. D. José Heredia: vestia el ginete blanco y rosa por mitad. *Mister Fommy*, de pura sangre, hijo de Stall y Duiet, de tres años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excmo. señor marqués de Alcañices: el ginete vestia chaqueta azul, mangas y gorra encarnadas. *Anibal*, de pura sangre, hijo de Clementin y Blanca, dos años, siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excmo. señor marqués de Perales: el ginete vestia chaqueta azul, con mangas encarnadas y gorra de aquel color. *Preciosilla*, media sangre, hijo de Paragon y Chispa, de tres años, de siete cuartas y seis dedos de alzada, castaño, del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez: su ginete vestia chaqueta verde, con mangas y gorra encarnada; y *Fantine*, pura sangre, hijo de Stamboul y Génita, de tres años, con siete cuartas y nueve dedos, castaño, del Excmo. señor duque de Frias: vestia su ginete de azul y amarillo por mitad. Comenzó la carrera, y *Mister Fommy* se retiró; y *Singletona* quedó *distanciado*. *Querida* corrió la vuelta en un minuto y treinta segundos. *Anibal*, en un minuto y treinta y ocho, y *Preciosilla* y *Fantine*, en un minuto y treinta y cinco. Ganó, por consiguiente, *Querida*. El premio de la misma Sociedad, de 6.000 rs. vn., que habia de adjudicarse al caballo que diera dos vueltas de hipódromo en cuatro minutos, venciendo en dos de las tres veces que podia disputarle, lo obtuvo *No*, caballo de pura sangre, hijo de Paragon y de Catalina, de cinco años de edad, siete cuartas y seis dedos de alzada, y de color castaño, perteneciente al Excmo. señor marqués de Alcañices, y que era montado por un *jokey* que vestia chaqueta azul y mangas y gorra encarnadas. *No* invirtió tres minutos y diez y seis segundos y medio en la primera prueba; en la segunda, tres con treinta y nueve, y en la tercera tres con veintisiete. Tomaron parte en esta lucha dos caballos más: el uno llamado *Si*, perteneciente al Excmo. señor duque de Sexto, y *Floreffe*, del Excmo. señor duque de Fernan-Nuñez. Disputóse despues el premio del ministerio de la Guerra, consistente en 8.000 rs., que se habia de adjudicar al caballo que diese dos vueltas al hipódromo en tres minutos cincuenta y tres segundos á lo menos, y venciendo dos de las tres veces en que podia disputarse el premio. Tomaron parte en la contienda cuatro caballos, llamados *Reina Margarita*, *Chockonosoff*, *Oscar* y *Palomo*. El primero y el último quedaron *distanciados* en la primera prueba. Lucharon, por consiguiente, tan solo el segundo y tercero, que invirtieron en la primera prueba tres minutos y veinticuatro segundos, sacando un octavo de segundo de ventaja el caballo *Oscar*, que quedó cojo en la segunda, quedando solo para la tercera prueba su contrincante *Chocknosoff*, que la hizo en tres minutos treinta y cinco segundos, obteniendo el premio. Este caballo, de media sangre, hijo de *Quik step* y de *Lavila*, de siete años, con siete cuartas y seis dedos de alzada, y de color castaño, pertenece al Excmo. señor duque de Sexto.

Algunas otras carreras de escasa importancia terminaron el primer dia esta fiesta, que repitióse el viernes 2 del actual con la misma brillante concurrencia. A las cuatro dió el clarín la señal, y comenzó la lucha, disputando el premio de la Sociedad, consistente en 3.000 rs., los caballos siguientes: *Querida*, *Singletona*, *Mes Sarah*, *Mister Fommy*, *Anibal*, *Fantine* y *Preciosilla*. Podia optarse al premio en tres pruebas, que eran cada una de ellas dar una vuelta al hipódromo en dos minutos á lo mas. Lo ganó *Querida*, que á los mismos contrincantes habia vencido el dia de las primeras carreras. Optaron al segundo premio, del ministerio de Fomento, importante 3.000 rs., *Vad-Ras*, *Floreffe* y *Si*, que ganó por haberle cortado la carrera *Floreffe*. El premio de S. M. la *Reina*, y que importaba 42.000 rs., habia de ganarse por el caballo que venciera en dos de las tres pruebas en que podía disputarse, y que consistia en dar tres vueltas de hipódromo en cinco minutos y cuarenta y cinco segundos, fué pretendido (permitasenos el verbo) por tres caballos de pura raza, llamados: *Samsa*, perteneciente á don Fernando de Salamanca; *No*, del Excmo. señor marqués de Alcañices, y *Moratalla*, del Excmo. señor duque de Frias. *Moratalla*, hermoso animal, de cuatro años, ocho cuartas de alzada y de pelo alazan alcanzó el premio en esta carrera, que fué la mas interesante,

Despues corrieron varios caballos españoles el premio extraordinario de 2.000 rs., y lo ganó *Moro*, de la propiedad de D. Manuel Mendoza, terminando así las carreras del segundo dia, que se repetirán en el próximo otoño, hasta cuya época no hemos de tener, sin duda, ocasion de hallar de nuevo reunidas á las lindas y elegantes damas de nuestra aristocracia que, haciendo de la *Casa de Campo* punto de cita en las dos estaciones mas contrarias del año, en la mas risueña y en la mas triste, sirvense de este pretesto de las carreras, para darse la despedida en estas que hemos descrito, y para saludarse en las segundas al regreso de sus escursiones veraniegas, que en breve comenzarán á realizar, buyendo de esta villa, que empieza á calcinarse ya á fuego lento.

E. DE INZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

A*** Paris.

Siempre he creido que el corazon era un gran adivino, y en ello me ha confirmado tu carta, mi buena y cariñosa amiga. Yo presentia esa carta, como presenten las aves la aproximacion de la aurora, y la deseaba como los campos estériles desean el rocío que los fecunda. Mis esperanzas y mi anhelo están satisfechos por esta vez. Ya era tiempo. Creo que, de algunos años acá, este es el primer favor que debo á mi suerte... es decir, no el primero, porque ya le debia antes el de tu amistad.

Tienes razon en suponerte mas feliz que yo, viviendo en medio de los placeres y la agitacion de esa inmensa Babel, imágen viva de tu espiritu inquieto y tu corazon siempre expansivo. Yo recuerdo tambien con delicia las horas que he pasado en su seno, buscando tu sombra en las orillas del lago de Enghien, y dando á los vientos tu nombre entre el ramaje de los bosques de Versalles, mientras cruzabas tú las verdes montañas de la Suiza y las azules ondas del Adriático. Pero no por eso olvidaba nuestros apacibles dias de Madrid, y nuestras alegres noches de Valencia y Andalucía.

Tú no los olvidaste tampoco, y en prueba de ello, exiges de mí te refiera cuanto aquí sucede; á qué altura nos encontramos de progreso y de distracciones en qué se ocupan nuestros literatos, y qué porvenir han alcanzado aquellos de nuestros amigos que el soplo de la adversidad ó la fortuna alejó de tu lado, y que no de tu memoria.

Acepto con gusto esa obligacion que me impones, y aunque no deja de ser triste la idea de conversar contigo durante media hora, hallándonos tan lejos el uno del otro, yo me felicito por haber encontrado en tí un camarada bastante franco y discreto para darte cuenta de mis impresiones de todos los dias, y mis juicios de todas las cosas, seguro de que sobre apreciarlos en lo que valen, con tanto mas motivo, cuanto que no le son desconocidos del todo, por mas que, al indicármelos alguna vez de palabra, quizá no le parecieran tan oscuros como hoy que los escribo. ¡Negro y doloroso privilegio de la tinta!

¿Con que desees saber lo que aquí sucede? Fuera del mundo político, en que Dios me libre de meterte, pues perderias, á mas de la inocencia, el estómago, sucede exactamente lo mismo que sucedia en tu tiempo; lo que en tiempo de Jovellanos, del conde-duque de Olivares y de los moros, primeros pobladores de Madrid, á los que estoy muy lejos de alabar el gusto. Muchos misterios y trapisondas dentro de casa; mucha hipocresia y murmuracion por fuera; muchísima gana de divertirse en las mujeres, y muy poca de trabajar en los hombres. Por lo demás no cabe duda que se progresa; tenemos dos veces á la semana corridas de toros, las hemos tenido estos dias de caballos, y no seria extraño que las tuviéramos de personas. Si esto no es correr por el camino de la civilizacion, vale bien la pena de pararse á pensar qué será.

Se ha dado en decir, yo no sé por qué causa, que en Madrid no hay dinero; pero yo te aseguro que si hubiera proporcion entre lo que se tiene y lo que se gasta, Tiro, Cartago y Cádiz, en sus buenos tiempos, tendrían que humillarse ante la pompa y esplendor de este pueblo, que hasta 1808 no pasaba de ser el mas importante de la Mancha. Para convencerte de esta verdad, me seria preciso llevarte conmigo á los paseos, á los teatros, á las tiendas, seguro de que te admirarias. De algunos años á esta parte el número de coches particulares crece fabulosamente, hasta el pun-

to de que ir á pié, va siendo casi una distincion.

Hoy el coche en Madrid se tiene para todo, hasta para huir con más facilidad de los acreedores.

¿En qué se ocupan, me preguntas, nuestros literatos? Los hay que cantan las grandezas de la monarquía desde el lecho de un hospital, como Robello; que censuran la pereza de los demás en folletos de cuatro hojas escritos en cuatro meses, como Vila y Goyri; que languidecen y enferman á fuerza de trabajar para e porvenir de sus hijos, como Perez Escrich; que se vuelven locos de miseria ó desesperacion como Vazquez Taboada; ó que más afortunados, y acaso más prudentes, despues de calentarse algunas tardes del invierno con los pedazos de la lira, y vender sus coronas de flores por un trapo viejo, ocupan un lugar en esa inmensa escala de los cargos públicos, que empieza en el memorialista y concluye en el legislador.

No creas, sin embargo, que todo son tintas sombrías en este cuadro; hay muchos que viven de la literatura, y se elevan y engrandecen en el periodismo; pero nunca libres de una persecucion injusta, de una crítica severa ó de un azar funesto. No necesito citarte testigos, contentándome con decirte que nuestro compañero Balart, del cual me pides noticias con tanto interés, sigue mucho mejor, y esperando restablecerse completamente en los baños de Alhama, donde se encuentra.

Respecto de nuestros antiguos amigos, ¿qué quieres que te diga? De algunos de ellos te ha hablado ya la fama muchas veces; de otros te hablará con el tiempo; de los demás, honrados padres de familia, opulentos, ó en la dulce oscuridad de la medianía, no es necesario ni ellos codician que te hable. Más de uno ha visto marchitarse en flor sus esperanzas; más de uno esconde en el sepulcro el secreto de su genio... ¿te acuerdas de H.? Nadie llegó á saber que era poeta, y eso que todavía guardo yo entre varios de sus manuscritos aquella oda *A un torrente*, en que decia:

«Cuando circula en hondos remolinos
Tu caudal, que entre rocas se desata,
Y tus copos de espuma alabastrinos,
El céfiro arrebató:
Cuando rotos los hilos argentinos,
En lluvia de diamantes se dilata;
Rauda hacia tí navega
Mi ardiente fantasía,
A plácido sopor libre se entrega,
Y arrojada en el piélagos profundo
De tu inmensa armonía,
Quiere á tu caos arrancar un mundo.»

Pues bien; el pobre H., que despues de muchos meses de prueba habia logrado una humilde colocacion en una empresa particular, murió trágicamente cuando parecia que la felicidad empezaba á sonreírle. He visto su tumba en el cementerio de un lugar cercano; no tiene más señal que una cruz negra con sus iniciales á un lado, y al otro un nombre escrito con yeso por la mano de una mujer.

Perdóname, mi buena amiga, si llevado de un eterno afán de desenterrar memoria, he podido entristecerte por un instante; la verdad es que H. debe estar contento con su suerte, como yo lo estaria en su lugar, sobre todo si fuera tu mano la que viniera á escribir mi nombre. Ya comprenderás que esta galantería no tiene más objeto que hacerte reír.

Lo haria de mejor gana refiriéndote cualquier suceso ó aventura de los que suelen ocurrir por aquí; pero llevamos una semana de lo más prosaico que puede darse. Muchos matrimonios; alguna que otra reunion de confianza; un libro titulado *Vida de Jovellanos*, escrito por D. Cándido Nocedal con más sano lenguaje que intencion, y cuatro ó seis chismecillos de bastidores, eso es todo lo que ha llegado á mis oídos, y que estos darian de buen grado por el placer de verte y escucharte. Solo un acontecimiento de la semana promete resultados para el porvenir: la inauguracion de la Sociedad Antropológica, verificada el lunes en el Paraninfo de la Universidad; sociedad que se ha formado hace poco, y cuenta ya en su seno con los hombres más ilustrados del país. Veremos si desempeña fielmente su mision, y levanta un poco el punto de vista de la ciencia, bastante bajo todavía entre nosotros.

Y ahora, antes de concluir, permite que, valiéndome de tus mismas armas, te pida algunos detalles sobre tres ó cuatro cosas que deseo saber.

—¿Qué novela es esa que ha publicado en Paris Leonie Leblanc? ¿Qué manía la de ese público que arrebató de las manos de los editores el libro de la famosa *Cocotte*? Te confieso que no me disgustaba viéndola guiando sus caballos tordos en el bosque de Bologne;

pero dudo que esté á tanta altura como literata. Si no es así, y si tú crees que su libro debé leerse, envíamelo, aunque sea con las hojas cortadas, lo cual me probará que pueden hojearlo las mujeres discretas. Dime también tu opinion sobre *La Africana*, pues hasta ahora ni los panegiristas ni los criticos han logrado convencerme de nada.

Y sobre todo, si quieres proporcionarme una gran satisfaccion, dame la noticia de que nos veremos pronto, como hacen esperar las deliciosas frases que constituyen el final de tu deliciosísima carta. Soy siempre, etc.

M. DEL PALACIO.

PRETÉRITO Y FUTURO.

Como gota de rocío
Que vierte llorando el alba
Y se reclina en las hojas
De la fresca pasionaria,
A las pupilas de Angélica
Temblando asoma una lágrima,
Cual una ilusion perdida
Que evoca en sueños el alma.

Ciérnese inquieta y brillante
Sobre la negra pestaña
Y en deslizarse vacila
Por la mejilla rosada.

La duda que la estremece
Viene á deshacer el áura
Y á su aliento cariñoso
Suéltase y rueda la lágrima.

Recorre el campo de nieve
Que en su torno se dilata
Y llega á los frescos lábios
Que amor y ternura manan.

A punto ya de perderse
Entre la boca de grana
Mas pura que los colores
De una risueña alborada,
Halló á su paso un suspiro
Lleno de suave fragancia
Que el vuelo tendia alegre
Como una dicha soñada.

La triste perla del llanto
Cesó un instante en su mareha
Y al observar su modestia
Dijo el suspiro á la lágrima:

—¿Por qué el inquieto cristal
Recoges sobresaltada
Al blando y gozoso impulso
de mis impalpables alas?

Corre enbuenahora tranquilo
Puro rocío del alma
Que al sol de nueva ventura
Tal vez te seques mañana.

—Ay! clamó la triste perla;
¿Quién mitigará mis ansias?
Nací de un sol que nublaron
Las sombras de la desgracia.

Oyendo tal el suspiro
Preguntó: —¿cómo te llamas?
—*Recuerdo*, dijo la perla
Desfallecida y amarga.

—Recorre, pues, sin temor
Esas mejillas nevadas,
Que Dios tu pureza mira
Y ya tu amargura acaba.

—Quién eres tú que así endulzas
El dolor que me acobarda?
Y contestóle el suspiro:

—Yo me llamo *La Esperanza*.

El céfiro que la oía
Oculto entre la enramada
Tendió su vuelo, y al punto
Huyeron suspiro y lágrima;

Y diz que exclamó así el céfiro:
—¡Bien haya el cielo, bien haya
Que en pós del recuerdo triste
Hizo brotar *La Esperanza*!

VALENTINO.

LAS CREENCIAS

—¡Metafísico estás!—Es que no como.

Dispensen mis lectores el tropezon, y tomen hoy, en vez de un artículo, unas ligeras reflexiones que me

han asaltado en unos momentos en que no tenia otras cosas mejores de qué ocuparme...

Y sucedió que me dí á pensar en que los errores son la causa principal de todos los males que pesan sobre la humanidad; y como yo *creo* que esos errores no han de poder desterrarse nunca, *creo* también que los males seguirán pesando hasta que resuene en el mundo el último trueno.

Pero como entre dichos males ha de haber también algunos bienes, aunque sean pocos, y en efecto los hay, acontece que los males y los bienes van pasando como pasan los pocos que aciertan entre los muchos que yerran y el mundo continúa y continuará como una jaula de grillos, sin caerse mientras que las cañas puedan sujetarse unas á otras; y los hombres seguirán aturdiéndose también los unos á los otros con sus majaderías, con sus desaciertos, con sus declamaciones, con sus risas y con sus lamentos.

Y mientras tanto seguiremos teniendo siempre Saturnos que se coman á sus hijos, Titanes que quieran escalar el cielo, Apolos que se hagan pastores, Danaes que no resistan á las lluvias de oro, Cupidos que sean ciegos, Vénus que exploten la deshonestidad y la desvergüenza, y Vulcanos que sean tontos y cojos.

Y la infamia y la mala fé, la ignorancia y la ambicion, el orgullo y la audacia, y la desdicha y la fortuna continuarán repartiéndose al azar como reparte los *cachetes* el que tiene los ojos vendados cuando se juega á la gallinita ciega.

Y habrá además, como ha habido siempre, mariposas brillantes de lucidos y vistosos colores, que aumentarán las galas de la primavera, que jugarán entre las más hermosas flores, que robarán al sol sus más bellos cambiantes de luz, y que al lucir su brillo y sus primores harán porque olvidemos que antes eran unos gusanos asquerosos, unas viles y torpes orugas que se arrastraban por la tierra hasta apegarse al vegetal.

Y al arrullo de la leve brisa que agitarán las alas de esas mariposas, seguirán creciendo todos los días cándidos *palomos*, que servirán de pasto á fieros gavilanes...

Y mientras tanto se multiplicarán esas *benéficas* sociedades que empiezan con el pretexto de cimentar el crédito, ofreciendo una ganancia de mil por uno, y concluyen comiéndose ese crédito y el uno y el mil, y dejando á los cándidos peces que pican en el anzuelo, como dicen que están las grullas; en un pié.

Pero eso no importa; pasarán las que vengan como han pasado esas, y si alguno se queja ninguno le hará caso, porque, como dicen en Castilla, nunca deja de cocer el puchero por falta de un garbanzo...

Todo esto y mucho más *creo* yo que seguirá aconteciendo como ha acontecido hasta hoy, y esta creencia es la que me bulle en el pensamiento desde el rato en que me ha dado la manía por discurrir. Solo que se me ocurre una duda. Esto que digo y lo demás que me callo, ¿lo *creo* verdaderamente? ¡Es tan difícil fijar las creencias!

¡Crear! En todos los idiomas conocidos, esta palabra es la menos susceptible de distintas representaciones, es de las más espresivas, de las más enérgicas, y la que espresa una idea más vigorosa; y sin embargo, nosotros hemos llegado á abusar de ella hasta el punto de emplearla con una impropiedad y una inexactitud admirables. Yo *creo*, lo decimos ya para hablar de una cosa de que aun no estamos ciertos, y que por lo mismo nos es completamente indiferente, sin cuidarnos de que profanamos la espresion de una idea que debíamos respetar. Confundimos la creencia con la presuncion ó el parecer sin tener en cuenta que la creencia es el eco más puro del alma, es la espresion de la conviccion más íntima. Nos sucede en este caso con las creencias lo que con las esperanzas, que comunmente las confundimos con las ilusiones ó con los deseos. Así es que con la misma facilidad ó inexactitud se dice: *creo* que el mundo se tambalea como un jorobado ébrio, cuando solo se tiene sospechas de esto; como se dice *espero* ser diputado ó general, cuando no se posee cualidad alguna que justifique ó funde esa esperanza, y cuando solo se tiene un *deseo*, hijo de la ambicion ó del orgullo.

Por esta razon confieso francamente que no sé si cuanto he dicho, refiriéndome á creencias, lo son en efecto ó no pasan de presunciones. Por mucho que he discurrido sobre ello no he llegado á averiguarlo, y por lo tanto y para ahorrarme de discurrir más, como creencias las tomo, sin perjuicio de corregirme y enmendarme si otro día que tenga tan poco *serio* de que

GÉNOVA.

Génova, situada en Suiza, á la extremidad del lago Lemán, es una de las ciudades mas importantes de Europa, y ha sido por espacio de mucho tiempo el refugio de los sábios y de los filósofos emigrados ó desterrados de sus respectivos países. Sin embargo, esta alta y lisonjera posición intelectual, no ha influido para que pueda dejar de ser una de las ciudades mas industriosas de Europa.

Génova posee, en efecto, tantas sociedades, academias, museos y bibliotecas, como fábricas de joyería, relojería, instrumentos de matemáticas y de cirugía, cuyo mérito es reconocido por todo el mundo.

La situación que ocupa Génova es de las mas bellas, como pueden convenirse nuestros lectores, contemplando el presente grabado.

Asentada en la extremidad del lago Lemán, ofrece á las miradas del viajero, tanto por la extensión de sus muelles, cuanto por sus magníficos monumentos, uno de los espectáculos mas admirables que pueden contemplarse.

El que domina más particularmente las casas que dan sobre el muelle, es la catedral de San Pedro, famosa por su rara arquitectura.

La casa de la ciudad, el colegio, el observatorio, el hospital y cuatro puentes que ponen á la ciudad en contacto con el lago, acaban de embellecer el gra-

LOS BAÑOS DE LOUECHE, EN SUIZA.

Loueche es un pueblito de unos ciento cincuenta habitantes, situado en el fondo de un valle solitario en el Valain de la Suiza; pero si el pueblo nada ofrece de particular por su escasa importancia la reputación, de sus aguas es europea, y todos los años un número considerable de enfermos, de todos los países del mundo, vienen allí en busca de la salud y en lo que es posible de distracción y de recreo.

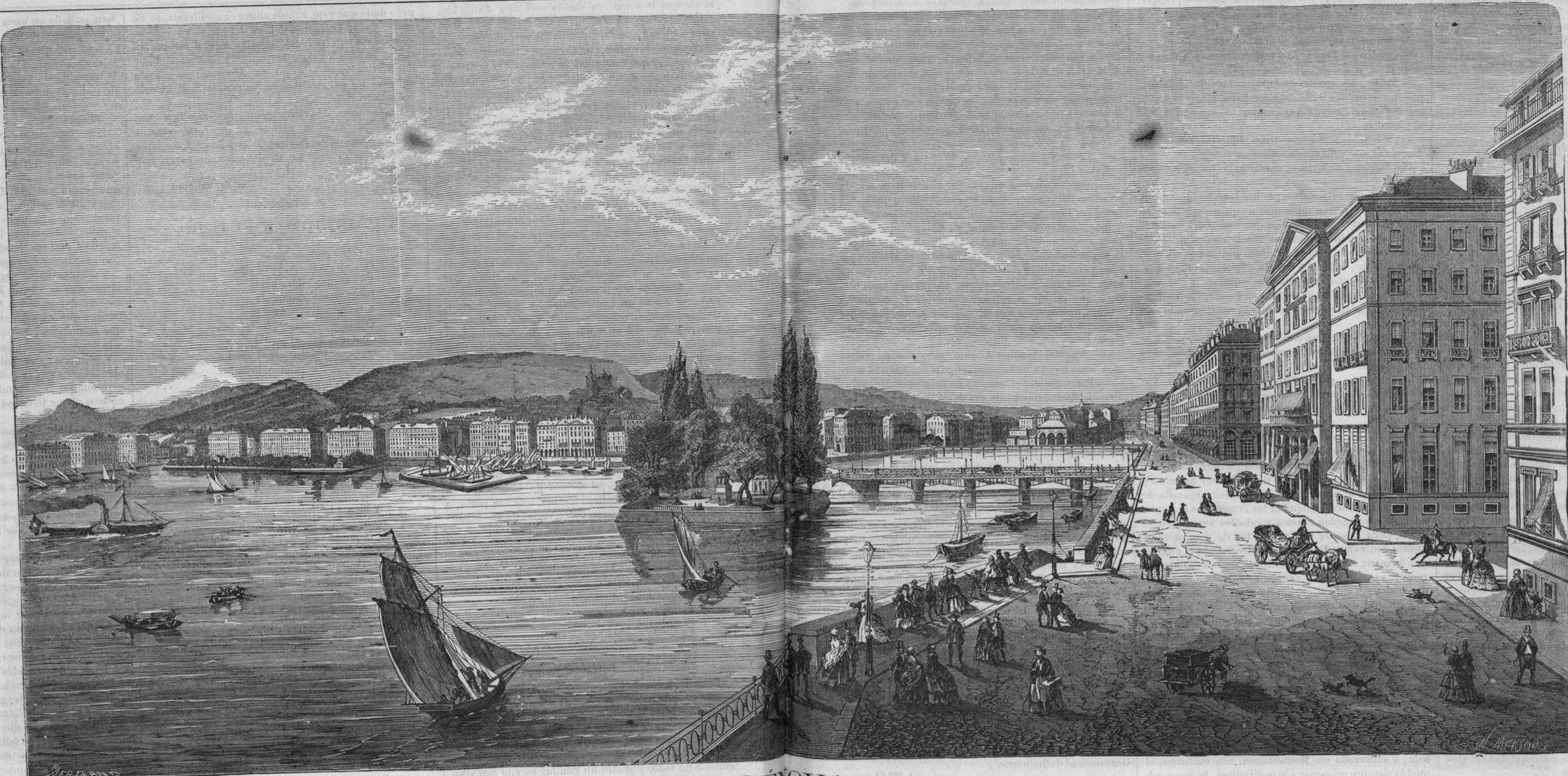
Y en efecto, si el pueblo de Loueche con su única y ancha calle formada de casitas pintorescas y de su establecimiento de baños no ofrece nada de particular ni de notable, no sucede así con sus alrededores que son preciosos. El valle donde se cobija Loueche, se halla cercado y dominado por el Gemmi, el Daubenharnu, el Laemmerharu y otros picos de rocas y montañas de un aspecto imponente y que son los que forman el fondo del grabado que ofrecemos á nuestros suscritores, con el objeto de que puedan formar una idea exacta de aquellos sitios. Estas montañas ofrecen deliciosos paseos á los bañistas y puntos de vista tan interesantes como pintorescos. La garganta del Gemmi, sobre todo, ofrece una vista admirable, dominando el valle y desde la alta cima de los Alpes y del Piamonte.

Existe en estos sitios una bellísima cascada que corre entre dos rocas y que se llama la

Calva de la Dula, la cual desciende por ocho escalones que la naturaleza ha colocado perpendicular y simétricamente, sobre un precipicio, por el que es preciso subir para llegar al valle de Albines. Los baños de Loueche se toman en pilas profundas próximamente de un metro y pueden bañarse á la vez en cada una de ellas cuarenta ó cincuenta personas, las cuales lo hacen vestidas de unas largas túnicas de lana de colores varios segun el capricho de aquellas. Dentro del baño se bromea, se canta ó se lee y cada bañista tiene á su disposición una mesa pequeña flotante donde puede colocar su libro, la esponja y demás objetos que puedan serle necesarios.

Nuestro grabado representa la gran calle de Loueche. Algunos pinos interrumpen de vez en cuando la monotonía de la vista del pueblo. El establecimiento termal se encuentra á la derecha y en el fondo aparecen las montañas de que ya hicimos mención. Aunque estas montañas se hallan á bastante distancia de Loueche no por eso han dejado, más de una vez, de precipitar sus avalanchas sobre los edificios causando casi siempre siniestros de consideración. Hoy día, un poderoso dique colocado detrás de la población y á cierta distancia conveniente, garantiza á esta contra la reproducción de semejantes desastres y los bañistas pueden dormir tranquilamente sin temor de despertarse en una tumba de nieve y de hielo.

El establecimiento termal se halla prepara-



GÉNOVA.



LOS BAÑOS DE LOUECHE, EN SUIZA.

cioso aspecto del conjunto. El cuadro, plantado de álamos que se halla en medio del lago, y hacia el cual avanza un vapor de paseo, es la isla de J. Jacobo Rousseau. El monumento que se destaca en el centro es la estatua de aquel ilustre filósofo, que era genovés.

Génova abrazó la reforma en 1533, y en ella fijó su residencia el célebre Calvino, por lo cual se la llamó por mucho tiempo la Roma calvinista. Tomada por los franceses en 1798, fué despues agregada á la Suiza en 1815.

Además de J. J. Rousseau, Génova ha producido muchos hombres ilustres, entre los cuales citaremos á Casaubon, Sausure, Lefort, Bonnet, Lecrec, Lesage, Pictet, Caudolle, Sismondi y Necker, y sobre todos recordamos á Cristóbal Colon, al atrevido é inteligente marino que supo sondar los misterios, del Océano, y llevar la civilización á un nuevo continente, que no solo no habia sido ni aun adivinado por otro antes que él, sino que arrojó con su audaz talento la burla y el desprecio de los que entonces pasaban por sábios. La gloria del atrevido descubrimiento de Cristóbal Colon es indudablemente española, porque España fué la nación que le proporcionó los medios de adquirirla; pero no por eso debemos escusar un recuerdo de gratitud al país donde por primera vez abrió los ojos ese atrevido navegante, cuyo recuerdo enorgullece á España.—B.

do con todas las condiciones de comodidad y recreo que puedan apetecerse. Aparte de las habitaciones que se hallan preparadas con mucho gusto y hasta con espléndido lujo, tiene magníficos salones de baile y de lectura, donde se encuentran periódicos de todos los países del mundo; preciosos jardines sembrados de olorosas flores que embalsaman el ambiente que allí se respira, y donde en dias marcados se dan conciertos al aire libre, ejecutados por inteligentes y hábiles profesores.

Para recreo tambien de los bañistas hay dos salones con mesas de billar y un café restaurant inmejorable, servido por uno de los más reputados profesores en el arte culinario, lo cual es de un gran interés para los gastrónomos, cuyo apetito se ve diariamente excitado por la bondad de aquellas salutíferas aguas.

Muy cerca del establecimiento termal, se ha construido últimamente un lindísimo, aunque pequeño teatro, de cabida de 500 localidades, vestido lujosamente, y de forma muy parecida á la del Chatelet de Paris. En dicho teatro se han estrenado, en los últimos años, lindas piezas cómicas, algunas de ellas debidas á distinguidos literatos franceses, que acudian á Loueche en busca de sus benéficas aguas; y en su ejecución han tomado parte varios de los principales artistas de los teatros parisienses.

El carácter de los habitantes de Loueche es

escesivamente amable y complaciente, y se esmeran en el servicio de los forasteros de una manera tan graciosa, que seduce y cautiva, lo cual nada tiene de extraño si se considera que á estos, y únicamente á estos, deben el mantenimiento de sus casas y de sus familias en el resto del año, porque terminada la temporada de baños, apenas cuentan con otros elementos de subsistencia que la ganancia, le gitimamente adquirida, del arrendamiento de sus habitaciones y del servicio prestado á sus inquilinos ó huéspedes.

Los alimentos son muy sanos, las frutas esquisitas, y sobre todo la leche es deliciosa.

En varias temporadas se presentan tambien algunas compañías de verso y de ópera, que contribuyen á amenizar los ratos de ocio de los viajeros.

Casi todas las semanas se reúnen las familias de los bañistas para hacer escursiones á los alrededores, eligiendo los sitios más pintorescos para sus giras y comidas, siendo generalmente el preferido el que indicamos al principio de este artículo, y que se conoce con el título de Calva de la Dula. Aconsejamos, pues, á aquellos de nuestros lectores, que con sobra de tiempo y de dinero fluctúen en la elección de un sitio delicioso donde pasar los calores del estío, den la preferencia á Loueches, en Suiza, seguros de que habrán de agradecerarnos el consejo.

J. BELZA.

ocuparme como hoy, me da también la manía de echarme á divagar por los terrenos filosóficos. No lo permita Dios, aunque solo sea porque no les apure á Vds. la paciencia con asuntos que á Vds. no importan ni á mí tampoco.

M. HIRALDEZ.

AYER Y HOY.

Hubo un tiempo en esta vida
En que, sin leyes ni fueros,
Iba la virtud vestida
Y las personas en cueros.

Hoy es todo diferente:
Temiendo por la salud,
Anda vestida la gente
Y desnuda la virtud.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

ALFONSO EL BATALLADOR.

Dueño Alfonso I de Zaragoza, no tarda en verse acometido de nueva sed de glorias: reúne al fin su ejército y sale de su capital, la cual le mira avanzar derribando fortalezas y tomando aldeas hasta la antigua Julia-Celsa (Velilla), destruir el castillo de María que, en las orillas del Huerba, se había convertido en un nido de buitres africanos; asaltar á Cariñena, restaurar á Alagon, Épila y Riela, apoderándose de Borja; subir luego por la cuenca del Jalon asolando á Miedes, Chodes y Morata, hasta hallarse ante los muros de la antigua Bilbilés (Calatayud), sobre los que logra plantar el pendon de San Jorge, subyugar á Aróza y Medinaceli y volar luego á vencer á Aben Gama, rey de Daroca, de cuya población se apodera. Zaragoza le vé también siempre victorioso avanzar por los campos leridanos, atravesar como un alud talando las campiñas de Valencia y Murcia; llevar la muerte y la destrucción hasta los campos de Córdoba y Granada, mientras el moro, amedrentado, le contempla desde sus torres y murallas cruzar por sus cercanías dejando un surco de fuego; mírale, por último, embarcarse con poderoso ejército sobre las aguas del Ebro y volar á someter las riberas del Cinca... y luego... ¡ya nunca más le vió!

Era el 7 de setiembre de 1134.

El sol mandaba sus últimos rayos sobre los pardos murallones de la morisca Fraga; á no muy larga distancia de la ciudad y por un desfiladero que iba á desembocar en la llanura, caminaba lentamente un pequeño pero lucido escuadrón de caballeros cristianos; era Alfonso I de Aragón, el valeroso monarca cuya lanza, siempre vencedora, le había reconquistado el glorioso renombre de *El Batallador*.

Recorriendo los alrededores del campamento, se había internado demasiado en la montaña, y seguido de una corta comitiva donde se hallaba la flor de la nobleza aragonesa y catalana, marchaba el real soldado embebido en hermosos pensamientos de gloria; su blanco alazan trotaba orgulloso abandonadas las riendas sobre su cuello; el escogido pelotón de guerreros caminaba en silencio tras del monarca, y en esta forma atravesaban desfiladeros y valles y montañas. De repente, y al volver un recodo del camino, desde donde se dominaba la llanura, el caballo del rey, que adelantaba á todos, quedó parado, retembló, erizó sus crines y lanzó un relincho prolongado; la hueste de caballeros se detuvo también y un grito de sorpresa salió de todos los labios. El rey, volviendo de su abstracción miró á los nobles; el bravo aragonés D. Gomez de Luna, alzado sobre los estribos, le señaló con respeto hácia el valle que acababan de descubrir, mientras los demás fijaban la vista en el mismo punto. El silencio era sepulcral; el rey tendió la vista en el llano; una nube de polvo se adelantaba hácia los cristianos; el sol, atravesándola, reflejaba sobre las armaduras; era un ejército de moros, que al divisar al rey con tan corto número de soldados, se lanzaba en su busca.

Los aragoneses, clavados como estatuas, veían avanzar aquel mar de turbantes que pronto amenazaba envolverlos. El peligro era inminente; ya se escuchaban los clarines árabes, el relinchar de los caballos y la gritería de los soldados. El noble conde de Narvóna se dirigió entonces al rey, que con ojos centellantes y rostro sereno contemplaba al enemigo que se acercaba por momentos.

— Señor, —le dijo— ¿qué hacemos?

— Como siempre, —contestó el monarca— ¡vencer! Los guerreros cristianos entonces requirieron sus lanzas y se aseguraron en las sillas.

Acababan de oír la voluntad de su rey.

Sin embargo, Lopez de Casal se acercó á Alfonso y le dijo:

— Señor, las huestes que avanzan son formidables; nuestra derrota es inevitable; tendad al escape vuestro caballo y huid; nosotros moriremos disputando el paso al enemigo.

— ¡Si! ¡sí! —esclamaron todos aquellos héroes rodeando al más valiente de los reyes.

Dos lágrimas de ternura surcaron las mejillas de Alfonso.

— Caballeros, — contestó; — los laureles de veintinueve batallas ornan mi frente; no quiero verlos secos en un instante. Acordémonos que somos cristianos, y acometamos al infiel como acostumbramos. Juntos nos ha encontrado la victoria siempre, juntos nos encuentre la muerte, si Dios en sus altos juicios así lo quiere. Y desenvainó su formidable espada.

— Señor, — replicó el anciano D. Guillen Ramon, senescal de Cataluña; — en el último caso, ¡qué hemos de hacer!

— ¡Morir! —esclamó con brio el soberano, y se lanzó hácia los enemigos blandiendo el acero y seguido de los suyos.

— ¡San Jorge y Aragón! — gritó Alfonso con voz atronadora, y se metió entre las filas de los árabes, que atónitos se vieron acometidos por aquel puñado de valientes.

Una nube de polvo se extendió sobre el campo del combate: los guerreros cristianos, al verse en medio de los árabes, hicieron un círculo en derredor de Alfonso. Los infieles, repuestos de su primer asombro y con horrible algazara, acometen aquella muralla de hierro; como fieras defienden los aragoneses la persona de su rey; ruedan ginetes y caballos árabes por el suelo, pero siempre una nueva fila de combatientes avanza contra aquellos héroes, estrechando el círculo que forman; vana es toda resistencia; solo cadáveres rodean ya al monarca cristiano; rota la armadura, descubierta la cabeza, ensangrentado, pero fiero, veíase á Alfonso describiendo círculos de muerte con su poderoso mandoble; la sangre y el sudor inundan su frente, pero no ceja; los enemigos le rodean, le acosan, le hieren; la noche pone fin á este terrible combate, y con ella todo queda en silencio; cuando apareció la luna alumbró una llanura cubierta de muertos; Alfonso acababa de ser víctima de su arrojo. Dios le concedió cuanto podía desear un guerrero de aquella época; morir en un campo de batalla defendiendo su patria y la fé de sus mayores.

El cadáver del rey fué extraído del lugar del combate, y enterrado en Montearagon. Sin embargo, el pueblo siempre propenso á lo maravilloso, lo creyó salvo, y mientras unos le creían peleando en los arenales de Palestina, otros contaban su retiro en San Juan de la Peña, donde moría al fin de melancolía y dolor.

La poesía y la tradición se hermanaron, y los sencillos vasallos, reunidos en derredor del hogar durante las largas veladas del invierno, se referían entre sí con respeto mil sentidas y misteriosas consejas, donde campeaba en primer término la colosal figura del gran Alfonso.

J. T. BENEDICTO.

TEATROS.

Habiéndose cerrado, al terminar el año cómico, los coliseos de declamación y lírico-dramático de esta capital, han perdido parte de su oportunidad las interesantes revistas teatrales, que desde la fundación del *Periódico ilustrado* venimos insertando, debidas á la pluma de nuestro querido amigo D. Eduardo de Inza. Por esta sola razón suspendemos desde el presente número la publicación de dichas revistas hasta el próximo otoño en que volverán á abrir sus puertas los teatros; pero no queriendo privar á nuestros lectores de la colaboración del Sr. Inza, este apreciable escritor continuará tomando parte en la redacción de nuestro periódico, hasta que, llegada la nueva temporada teatral, vuelva á reanudar sus acostumbradas tareas. Esto no impide que escribamos algunas revistas musicales, cuando así lo creamos oportuno.

Por hoy nos limitaremos á consignar que en el teatro de los Campos Eliseos han continuado en la pasada semana las representaciones del *Guillermo*, pro-

porcionando muy buenas entradas á la empresa y gran cosecha de aplausos y de merecidas ovaciones al Sr. Tamberlik y á la Sra. Nantier, que desde la segunda noche se ofreció á cantar la parte de Matilde, que desempeñó anteriormente la Sra. Laborde, ausente hoy de Madrid. El entusiasmo con que son aplaudidos diariamente estos dos eminentes artistas, es la más severa lección que pueden recibir los que, por sus razones particulares, han tratado de menguar, en periódicos desautorizados y sin importancia, el indisputable mérito de aquellos. El sábado se pondrá en escena el *Fausto* y se ensaya *Julietta y Romeo* para ejecutarse á la mayor brevedad.

Carolina Civil continúa en Variedades llamando la atención del numeroso y escogido público que asiste todos los días, y á pesar del insufrible calor que nos sofoca, á admirar su talento y tributarle el justo homenaje que aquel se merece. *La casa de campo* se presta perfectamente á las inspiraciones de su genio, y ansiamos verla en otras obras de nuestro repertorio, ya sean cómicas, ya dramáticas, seguros de que cada paso que dé en este difícil camino, será un nuevo triunfo, una ovación tan entusiasta como legítima. Por el pronto sabemos que ya está ensallando *Un bofetón* y *soy dichosa* y *Amor de Madre*.

Del circo del Príncipe Alfonso, poco ó nada podremos decir que ya no conozca el público. Leotard marchó á París, sin dar el número de funciones que había ofrecido. Indudablemente era demasiado caro y las entradas no correspondían á los sacrificios; así que nada tiene de extraño el alejamiento del público, si se considera que no hay variedad alguna en sus espectáculos. Los aritos, las bandas, las guirnaldis de flores y... vuelta á empezar; de esto no salimos; y francamente, se necesita mucha paciencia para tolerar un día y otro una misma cosa. El cansancio y el hastío son una consecuencia legítima. Y ya que del circo nos ocupamos, vamos á consignar un hecho, cuya exactitud nos aseguran, y que á ser cierto, no habla muy alto en favor de la dirección de aquel establecimiento.

La letra con sangre entra, decían nuestros antiguos *dómines*, y según parece, es el método elegido para con los débiles, en el Circo del Príncipe Alfonso, por los maestros ó tiranuelos que allí regentan, y decimos esto, á propósito de cierto *vapuleo*, administrado, hasta con ensañamiento, al pobre niño Lopez, hermano de la maravilla africana, por no sabemos qué ligera falta cometida en el ensayo; y lo peor es que, según parece, estas escenas se repiten con demasiada frecuencia. La terrible lógica del látigo será muy conveniente entre los infelices negros en su país, será muy del gusto también de los que la emplean aquí; pero no la creemos la más humanitaria, ni la más ajustada á la civilización del siglo XIX, Odiemos, pues, el delito y compadecemos al delincuente.

J. BELZA.

NEMRAK.

CUENTO ORIENTAL.

Alabanzas á Dios. Voy á contar la historia de Nemrak, hija de Ali, hijo de Hassam, y fruto feliz de los amores de Wahki, la sultana de azules ojos.

¿Sabeis que sucedió á Nemrak? Las palmas se inclinan en su alabanza.

Nemrak era hermosa, más que siete hermosuras, todas perfectas; porque su talle era flexible como una rama del bao sobre un collado, y su rostro, lleno de ternura, como una luna llena en un cielo apacible.

Buenas hadas le anunciaron á su padre y fué feliz desde entonces en su reino, pues es cosa sabida que Ali fué uno de los reyes de Sabaá.

Desde su infancia, lenguas de bendición la ponderaron por todo el mundo, y cobró fama admirable de un polo al otro polo; y muchos sintieron latir su corazón al eco de su alabanza; y grandes príncipes y señores, los príncipes y señores de todo el mundo, enviaron suntuosas embajadas al rey su padre, cuales para pedir su mano, luego que la primavera hubiera hecho nacer doce veces las flores bajo su planta, cuales, menos egoístas, para sus hijos y herederos, porque ella sola diera esplendor á sus Estados.

Más Ali, que veía en Nemrak su tesoro más querido, guardábale con afán y con avaricia, porque locamente creía que ella, siempre fiel á su paternal cariño, jamás sentiría en su corazón adolescente muda ansiedad que le devoraba, haciéndole desear nuevas y desconocidas caricias.

De esta manera pasaban rápidos los años, y en cada uno de ellos, conforme la princesa en edad avanzaba y crecía en encantos envidiables, las embajadas se multiplicaban, se multiplicaban las peticiones, y guerras sangrientas tuvo que mantener el monarca con los monarcas desairados.

Pero ¿qué le importaba á Ali la sangre derramada? Sus legiones valerosas todo lo avasallaban, y Nemrak coronaba sus glorias con sus dulzuras.

Un día, rosas pálidas aparecieron en sus mejillas, y languidez en sus ojos, y vaguedad en su alma, que al rostro se reflejaba. Ali tuvo inquietudes y consultó las estrellas.

Era la noche tranquila, y las estrellas del cielo, todas sin escepcion, reverberaban con mas brillo, con chispas del sol del Mediodía.

Isaac consultó la estrella de Nemrak: ninguna le aventajaba en esplendores.

—¿Qué observas en el astro de mi hija? Ali le preguntó.

—¡Ama! le respondió Isaac, y Ali palideció.

—¿Qué mas dice su estrella? Ali le repitió.

—Que su amor hará sus dichas y las tuyas en los tiempos, cuando tu frente se arrugue al peso de los años, y blancos se tornen tus cabellos.

Calló el Califa y despidió al astrólogo. Despues, por medio de sus heraldos, publicó por todo el mundo su designio, y convocó al concurso los amantes que del Sur al Septentrion amaban la dopcella. Mas ella impuso la ley.

Tráiganme sus tributos cada uno, y aquel que mejor me exprese su cariño, aquel será el dueño de mi vida. Feliz le haré en el lecho y en la casa, y arrogante estará conmigo en los festines.

Llegó el día señalado. ¿Quién lo cuenta? Inmensa fué la concurrencia, y nunca visto el lujo y el aparato.

Ya veis! Como que estaban allí las córtes de todo el mundo con alarde de magnificencia!

Vino la hora. ¡Qué ansiedad en los pechos!

La ceremonia empezó.

Nemrak estaba como nunca, deslumbradora, y ¡admirarse! todas sus galas eran sus encantos naturales. Pero ¿qué más pompa que el brillo de sus ojos?

Pasaron mil y mil donceles con ricos, alegóricos tributos, y todos eran desairados. ¡Cuánto se aguzó el ingenio!

Pasaron mil y mil más, é igual suerte les cupo: ¡Cuánto pesar en los pechos! ¡Cuánta ansiedad en las almas!

Luego pasaron los que quedaban; y uno y otro y otro tuvimos igual suerte. Ya no quedaba más que uno, solo uno, y no era hijo de principes y señores, y no tenía ofrenda preparada.

Cuando se le preguntó sobre la causa de sus anhelos, callado permaneció, y de los ojos, fijos en el pavimento, las lágrimas se le saltaban.

—¿Qué dices tú? le dijo la princesa Nemrak, la deseada.

—Que te amo! gritó desfalleciendo.

Era su amor desde la infancia, y aunque vez alguna lo habia demostrado, latente permanecía en su corazón, ansioso de estallar.

—Este será mi esposo! dijo la sultana, y la corte aplaudió.

Los demás pretendientes se retiraron avergonzados, y ya no se habló más de Nemrak en todo el mundo. Su nombre era símbolo de dolor.

Sin embargo, ella hizo la felicidad de Omar, con quien se desposó, y las delicias de Aly, con las caricias de sus nietos esclarecidos.

Aprendan las doncellas á tener constancia en su amor, y no dejarse alucinar de las pompas de la tierra, y den holganza á los afectos del corazón, haciendo la ventura de los que aman.

Asi hizo Nemrak. Paz y bendición á su memoria.

Dios sea loado.

JUAN P. DE GUZMAN.

LAS DOS PATRIAS.

APÓLOGO.

Un arroyo tristemente Querellas al cielo alzaba, Y cerca de su corriente Diz que una flor esclamaba: «¡Ven á mi seno... detente!...»

¡Ven, que calmaré tus penas!... Mas, ¿por qué delirio tanto, Si del mar en las arenas No encontrarás azucenas Que enjuguen tu fresco llanto?

¡Ven á mi feliz y amante, Y no sigas tu camino Tan afanoso y constante!... —¿Quién te conduce? —El destino Que está diciendo «¡adelante!»

—¡Siempre gimiendo te ví! ¿Qué te aqueja? —¡Mi pasado; El dulce bien que perdí! ¡Ay! ¡La patria que he dejado! ¡Las peñas donde nací!!

Do la luz del sol, ufano Por vez primera miré, Do entre las guijas salté, Y de las auras hermano En trenzas me desaté.

De las flores en el seno Qué me importa recostarme, Si de mi bien tan ajeno, Así tengo de arrastrarme, Ocultando inmundo cieno.

—Rápida tu linfa pura Hacia los mares avanza, Do hallarás tu sepultura! —¡Ay! allí está mi esperanza Y otra patria de ventura.

Allí tenderé mi vuelo Al rayo ardiente del sol, Y alejándome del suelo, Subiré veloz al cielo, Siendo nube de arrebol.

En Occidente espiró El postrer fulgor del día, Y la brisa interrumpió Al arroyo que gemía, Que á su paso murmuró:

«De la patria que ha perdido ¡Ay! de quien llora la ausencia, Mas allí en eterno olvido ¡Yo soy la santa creencia Que á otra patria te convidó!...»

NILO MARÍA FABRA.

SAUMUR.

Saumur es una de las ciudades de Francia que más han sufrido de resultas de la revocacion del edicto de Nantes, y de las guerras de la Vendée.

Son visitadas siempre con interés y curiosidad por los artistas y viajeros muchas de sus iglesias, de un mérito especial, particularmente el Hospital de la Providencia, edificado en su mayor parte en la roca, lo que le dá una vista pintoresca y estraña. Se cita además como un edificio notable por su arquitectura el palacio de la Villa, ó sea casa de Ayuntamiento, construida en el siglo xvi, igualmente que los palacios de Justicia, y de la reina Cecilia, edificados en tiempo del rey René. Tiene un magnifico Museo y una Escuela práctica de caballería, que segun la opinion de las personas más entendidas, es la primera escuela de equitacion de toda Europa.

El castillo, al cual rodean inespugnables fortificaciones, data de más de ocho siglos, y domina no solo la ciudad, sino todos los alrededores á muy larga distancia.

Existe igualmente en Saumur una Escuela especial de viñas, que posee mil variedades de uva, y fábricas de rosarios que son muy nombradas, y las cuales producen próximamente ocho millones de reales cada año, lo cual no deja de ser una industria bien productiva.—B.

Observaciones sobre la hidrofobia.

Atravesando una estacion peligrosísima para cierta clase de enfermedades, y particularmente para la mas terrible de todas, cual es la hidrofobia, creemos prestar un beneficio á nuestros lectores, dándoles á conocer algunas observaciones que el célebre Dr. Buisson ha publicado en el periódico la Ferme, y que son de un interés general:

«El Dr. Buisson, llamado para asistir á una hidrofobia, que tocaba en la crisis final de la enfermedad, la sangró, y se enjugó las manos con un pañuelo impregnado de la saliva de la moribunda. El tenia una pequeña llaga en el índice de la mano izquierda; reconoció al momento su imprudencia; pero confiando en el procedimiento que acaba de descubrir, se contentó con lavarse con agua.

Creyendo, decia M. Buisson, que la enfermedad no se declararia hasta los cuarenta días, y teniendo muchos enfermos que visitar, yo dilataba de un día para otro el tomar mi remedio, es decir, los baños de vapor.

Al noveno día, estando en mi estudio, sentí de repente un calor en la garganta, y aun mucho mayor en los ojos: mi cuerpo me parecia tan ligero, que creia que, saltando, hubiera podido lanzarme á una altura prodigiosa, ó que, arrojándome desde una torre, hubiera podido sostenerme en el aire; mis cabellos estaban tan sensibles, que me parecia que, sin verles, hubiera podido contarlos; la saliva se venia continuamente á la boca; la impresion del aire me causaba un mal horroroso, y huía de mirar los cuerpos brillantes; yo tenia un deseo continuo de correr y de morder, no á los hombres, sino á los animales y á todo lo que me rodeaba. Yo bebia con trabajo, y observé que la vista del agua me fatigaba más que el dolor de la garganta; yo creo que cerrando los ojos un hidrófobo puede beber siempre. Los accesos se me reproducian cada cinco minutos, y entonces sentia partir el dolor del dedo índice, y extenderse todo lo largo de los nervios hasta la espalda.

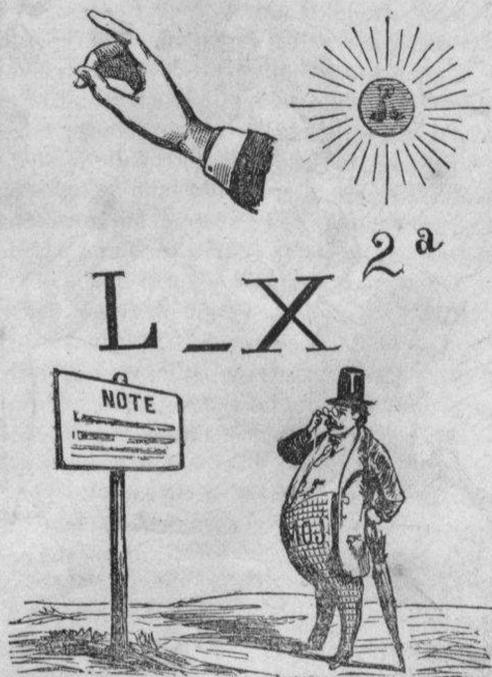
Juzgando que mi método era solamente preservativo y no curativo, tomé un baño de vapor, no con intencion de curar sino para sofocarme. Luego que el baño estuvo á un calor de 52 grados centígrados, desaparecieron como por encanto todos los sintomas: despues nada he vuelto á sentir. He asistido á más de 80 personas mordidas por animales rabiosos, y todas se han salvado por este método.

Cuando una persona ha sido mordida por un perro rabioso, debe hacérsele tomar siete baños de vapor, dichos á la rusa, uno por día, de 57 á 63 grados. Este el remedio preventivo. Cuando la enfermedad se ha declarado, no es necesario más que un baño de vapor elevado rápidamente á 37 grados centígrados, despues lentamente á 63 grados. Al enfermo debe tenersele bien cerrado en su cuarto hasta que esté completamente curado.

El doctor M. Buisson cita aún muchos casos curiosos. Un americano habia sido mordido por una serpiente de cascabel á unas ocho leguas de su casa, y queriendo morir en el seno de su familia, corrió á su morada, se acuesta, suda mucho, y la llaga se curó como una llaga simple.

La picadura de la tarántula se cura por medio de la danza; el sudor disipa el virus. Si se vacuna á un niño y se le hace tomar un baño de vapor, la vacuna no agarra.»

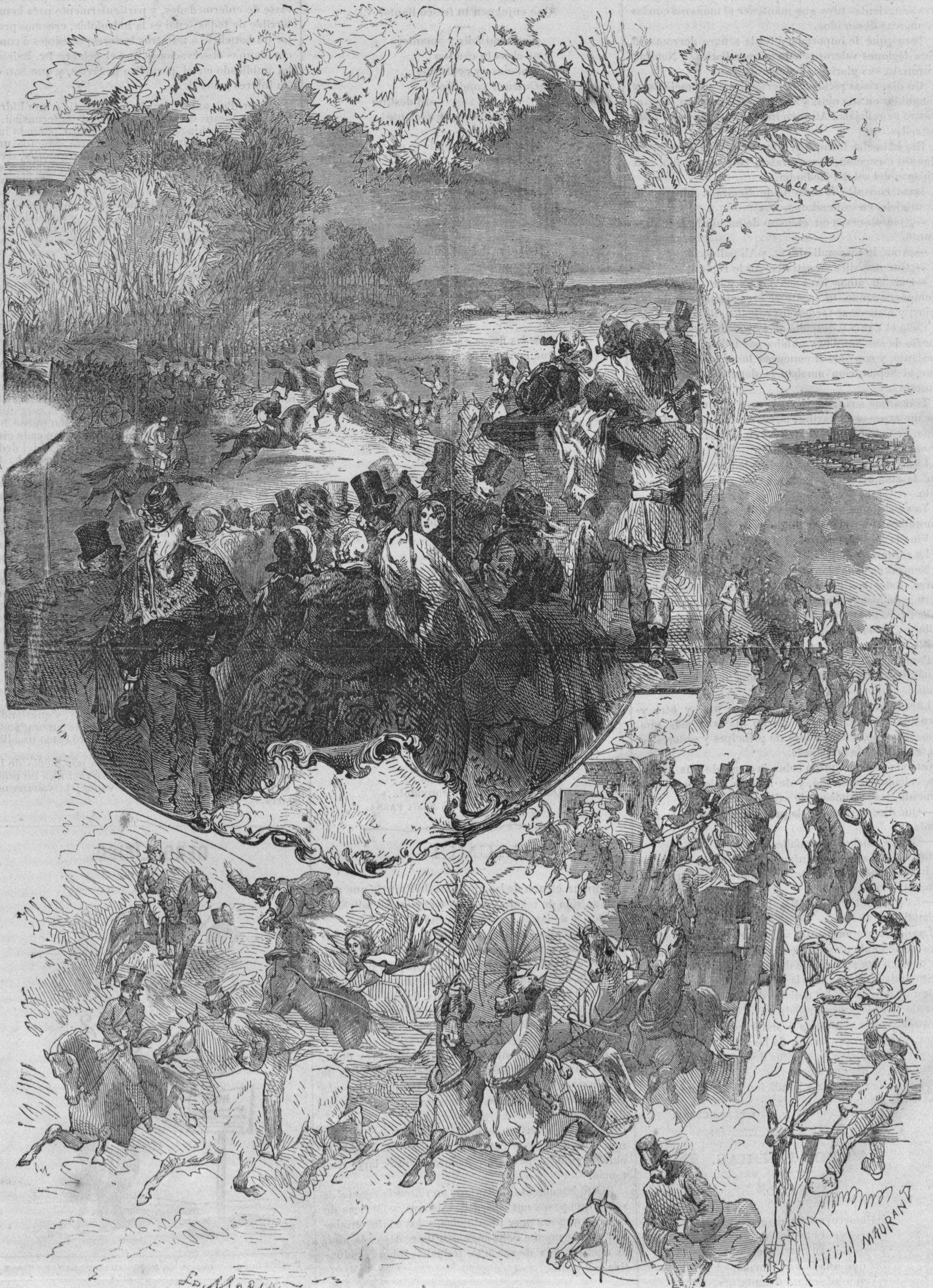
GEROGLÍFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMAR NISSE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal.

ALEGORIA.



CARRERAS DE CABALLOS.